

EL REY DEMONIO



CINDA WILLIAMS CHIMA

Una extraordinaria novela de fantasía capaz
de seducir a lectores de todas las edades.



Han Alistar está haciendo todo lo posible para ganarse la vida con honradez. Un día, él y su amigo Bailarín capturan a tres jóvenes magos que intentan prender fuego a la montaña sagrada. Tras la confrontación, Han se lleva un amuleto de Micah Bayar para asegurarse de que jamás es utilizado contra ellos. Pero pronto descubrirá que el amuleto perteneció al Rey Demonio, el mago que estuvo a punto de destruir el mundo. Y ahora sabe que los Bayar no se detendrán ante nada con tal de recuperarlo.

Mientras tanto, Raisa ana'Marianna, princesa heredera, tiene sus propias batallas que librar. Ha disfrutado de casi tres años de libertad y sus intereses están muy lejos del rígido mundo de la corte. Ella aspira a ser como Hanalea, la legendaria guerrera que salvó el mundo, pero su madre tiene otros planes.

Una extraordinaria novela de fantasía capaz de atrapar por igual a lectores de todas las edades: nos transporta a un mundo inolvidable y verosímil, donde es posible vivir aventuras fabulosas.

A mi padre, Franklin Earl Williams

1

La cacería

Han Alister se acuclilló junto al manantial de lodo humeante y rezó para que la capa creada por el calor aguantase sus pocos kilos de peso. Se había cubierto la boca y la nariz con un pañuelo, pero aun así los ojos le picaban y no dejaban de llorarle debido a los vapores sulfurosos que emanaban del cieno borboteante. Tendió su palo de cavar hacia una franja de plantas carnosas, con flores o bulbos de color verde bilioso, que crecían a la orilla del manantial. Deslizó la punta del palo por debajo de una mata, la separó del barro y la levantó en el aire, para luego dejarla caer dentro de la mochila de piel de ciervo que llevaba al hombro. Después, pendiente en todo momento de dónde pisaba, se enderezó y empezó a retroceder hacia el terreno firme.

Ya casi había llegado allí cuando uno de sus pies atravesó la frágil superficie, y Han se hundió hasta la rodilla en el pringoso y abrasador lodo gris.

—¡Me cago en los huesos de Hanalea! —chilló Han, lanzándose hacia atrás y esperando no acabar tendido boca arriba en otro lodazal. O, peor aún, en uno de los manantiales de aguas azules e hirvientes que le arrancarían la carne en cuestión de minutos.

Afortunadamente, cayó en terreno sólido, entre los pinos de tronco tortuoso, con un impacto que le vació de aire los pulmones. Han oyó a Bailarín de Fuego deslizarse lade-

ra abajo detrás de él, conteniendo la risa mientras bajaba. Bailarín lo agarró de las muñecas y lo arrastró hasta un terreno más seguro, inclinándolo el cuerpo hacia atrás para compensar su escaso peso.

—Habrás que cambiarte el nombre, Caza Solo —dijo Bailarín, acuclillándose a su lado. Su rostro cobrizo estaba solemne y los llamativos ojos azules destilaban inocencia, pero las comisuras de los labios le temblaban por el esfuerzo de contener la risa—. ¿Qué te parece «Vadea el Lodazal»? ¿O «Lodazal», para abreviar? Han no le vio la gracia. Sin dejar de maldecir, cogió un puñado de hojas para limpiarse la bota. Debería haberse puesto sus viejos mocasines desgastados. Las botas altas le habían ahorrado una quemadura grave, pero la derecha le había quedado recubierta de lodo pestilente, y él sabía que eso le valdría una bronca cuando llegara a casa.

—Esas botas están hechas por artesanos del clan —diría su madre—. ¿Sabes lo que cuestan? ¿Piensas que me sobra el dinero?

El que no hubiera tenido que pagarlas carecía de importancia. Willo, la madre de Bailarín, se las había cambiado por el rarísimo hongo Señor de la Muerte que Han había encontrado la primavera anterior. Mamá no se puso nada contenta cuando él llegó a casa con ellas.

—¿Botas? —exclamó al tiempo que lo miraba con incredulidad—. ¿Botas elegantes? ¿Cuánto falta para que se te queden pequeñas? ¿No podrías haber pedido dinero, o grano para llenarnos el estómago, o leña o mantas de abrigo para nuestras camas? —Se acercó a él blandiendo la vara que siempre parecía tener a mano. Han retrocedió; sabía por experiencia que una vida de duro trabajo le había proporcionado a su madre una complexión robusta.

Le dejó los brazos y la espalda llenos de verdugones. Pero Han conservó las botas.

Valían mucho más de lo que había entregado a cambio de ellas, y él lo sabía. Willo siempre había sido generosa

con mamá, Han y Mari, su hermana, porque no había ningún hombre en la casa, salvo tal vez Han, aunque la mayoría de la gente no lo contaba como tal. Y eso que tenía quince años, casi dieciséis.

Bailarín trajo agua del manantial del Agujero de Fuego y la echó sobre la bota enfangada de Han.

—¿Por qué será que sólo las plantas asquerosas que crecen en sitios asquerosos son valiosas? —preguntó Bailarín.

—Si crecieran en un huerto, ¿quién iba a pagar un buen dinero por ellas? —gruñó Han, limpiándose las manos en los leotardos. Las pulseras de plata que llevaba también estaban sucias; el barro se había incrustado en la delicada talla. Tendría que pasarles un cepillo en cuanto llegara a casa o se lo echarían en cara también.

Era un final digno de un día frustrante. Llevaban fuera de casa desde el amanecer, y lo único que había conseguido Han eran tres lirios de azufre, una bolsa grande de corteza de canela, unas cuantas hojas navaja, y un puñado de amagarza que podría hacer pasar por camomila en el mercado de las llanuras. El monedero vacío de su madre lo había empujado a forrajear a las montañas cuando aún no era la época más propicia.

—Estoy harto de esto —dijo Han, aunque la idea había sido suya. Cogió una piedra y la arrojó al lodazal, donde se hundió con un sonido viscoso de succión—. Hagamos otra cosa.

Bailarín ladeó la cabeza, balanceando sus trenzas cubiertas de abalorios.

—¿Qué sugieres...?

—Vayamos de caza —dijo Han, tocando con la mano el arco que llevaba terciado a la espalda.

Bailarín reflexionó unos instantes.

—Podríamos probar en la pradera del Árbol Quemado. Los ciervos de los páramos ya han empezado a subir desde las llanuras. Pájaro los vio antes de ayer.

—Entonces vayamos. —Han no necesitó pensárselo demasiado. Era la luna del hambre. Las reservas de judías, repollo y pescado en salazón que su madre había almacenado para el largo invierno se habían evaporado. Tampoco era que le entusiasmase la perspectiva de sentarse a la mesa para comer otra ración de judías con repollo, pero últimamente no había comido más que gachas, y más gachas con algún que otro trocito de tasajo para darles sabor. Poner carne en la mesa compensaría con creces los pobres resultados de la recolección.

Partieron en dirección este, dejando atrás los manantiales humeantes. Bailarín iba delante, caminando a través del valle del Dyrnne a largas zancadas. El mal humor de Han pareció disiparse con el ejercicio físico. Era difícil mantener el enfado en un día semejante. La primavera echaba brotes por todas partes, miraran a donde miraran. El suelo estaba cubierto de filodendros, lirios de día y limones silvestres y, cada vez que respiraba, Han percibía el aroma de la tierra tibia, liberada de su capa invernal. El río Dyrnne espumaba sobre las rocas y rugía en las cascadas, alimentado por la nieve que se derretía en las laderas más altas. El día se hizo más caluroso a medida que descendían, y Han no tardó en quitarse la chaqueta de piel de gamo y arremangarse hasta los codos.

La pradera del Árbol Quemado había sido arrasada por un incendio forestal. En unos años volvería a ser un bosque, pero de momento era un mar de hierba alta y flores silvestres, salpicado de pinos retorcidos y calcinados que seguían en pie. Había troncos esparcidos por la pradera como si un gigante hubiera estado jugando con teas. El suelo estaba tapizado de pinos que llegaban a la rodilla, y el sol bañaba las zarzas y los arbustos allí donde una vez habían dominado las oscuras sombras de un frondoso pinar.

Han sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa. Una docena de ciervos de los páramos, la cabeza baja, pastaban en la tierna hierba primaveral. Sus grandes orejas

se agitaban para ahuyentar a los insectos, y sus pelajes rojizos parecían manchones de pintura sobre los marrones y los verdes de la pradera.

Bailarín era más diestro con el arco, más paciente a la hora de escoger a su presa, pero Han tampoco era manco. Estaba convencido de que podrían hacerse con un ciervo cada uno sin problemas. La boca se le hizo agua sólo de pensar en jugosos asados y estofados succulentos.

Rodearon la pradera, permaneciendo unos metros por debajo de los ciervos para tener el viento de cara en todo momento. Han se agazapó tras un peñasco, se descolgó el arco de la espalda y tensó la cuerda, comprobando su tiralteza con el pulgar encallecido. El arco era nuevo, hecho a medida tras su reciente estirón. Era obra de los artesanos del clan, como todo lo demás en la vida de Han que casaba la belleza con la funcionalidad.

Han se levantó cautelosamente y tensó la cuerda hasta detrás de su oreja. Olfateó el aire. La brisa traía consigo el olor inconfundible de la madera ardiendo. Dirigió la mirada montaña arriba y descubrió una delgada columna de humo que se elevaba desde algún punto de la ladera. Miró a Bailarín y arqueó las cejas en un gesto inquisitivo. Bailarín se encogió de hombros. El suelo estaba empapado y el follaje primaveral no podía ser más verde. No había ninguna razón para que ardiera nada en aquella época del año.

Los ciervos de la pradera también habían captado el olor. Levantaron la cabeza, resoplando y rascando nerviosamente el suelo con las pezuñas, y el blanco de sus ojos súbitamente se hizo visible en torno al marrón líquido de sus iris. Ahora Han pudo ver llamas color naranja en la base del incendio, y el viento que soplaba ladera abajo les llegaba cada vez más caliente y cargado de humo.

Los ciervos se apiñaron ansiosamente por unos momentos, como si no estuvieran seguros de qué dirección tomar, y luego volvieron grupas al unísono y se abalanzaron hacia donde se escondían Han y Bailarín.

Han volvió a alzar su arco con rapidez y consiguió disparar una flecha contra un ciervo que pasaba al galope junto a él. Falló. Bailarín no tuvo mejor suerte.

Han echó a correr ladera abajo en pos de los ciervos, sorteando los obstáculos con la esperanza de poder lanzar otra flecha, pero fue inútil. Alcanzó a atisbar el blanco tentador de sus colas, y entonces los ciervos desaparecieron entre los pinos. Mascullando juramentos, subió por la ladera hasta donde estaba Bailarín, que miraba hacia lo alto de la montaña. La línea de llamas avanzaba inexorablemente hacia ellos. Conforme descendía por la ladera, parecía ir ganando velocidad y dejaba tras de sí un paisaje de calcinada desolación.

—¿Qué está pasando? —Bailarín sacudió la cabeza—. No hay incendios en esta época del año.

Alimentado por la maleza desnuda, el fuego cobraba impulso y cruzaba sin dificultad los pequeños barrancos. Ascuas brillantes llovían por todos lados, impulsadas por el viento que soplabla desde lo alto de la montaña. Han sintió que el calor le quemaba la piel de la cara y las manos. Se sacudió las cenizas que le habían caído en el pelo y se quitó a manotazos unas cuantas chispas de la chaqueta, empezando a darse cuenta del peligro que corrían.

—Venga. ¡Más vale que nos larguemos de aquí!

Corrieron a través del risco, resbalando y dando traspiés sobre los guijarros y las hojas mojadas, conscientes de que una caída podía significar el desastre. Se refugiaron detrás de una prominencia rocosa que sobresalía de la delgada piel vegetal de la montaña. Conejos, zorros y otros animales pequeños pasaron junto a ellos en frenética huida, seguidos muy de cerca por las llamas. El frente del fuego sobrepasó su refugio, consumiéndolo todo ávidamente a su paso, entre chasquidos y siseos.

Después llegaron tres jinetes, recortados contra la luz, como pastores que conducían las llamas por delante.

Han se quedó mirándolos, fascinado. Debían de tener la misma edad que él y Bailarín, pero llevaban preciosas capas de seda y lana de verano que rozaban sus estribos, y largas estolas en las que relucían emblemas exóticos. No iban montados sobre ponis robustos y greñudos de las montañas, sino sobre caballos de las llanuras, de patas largas y delicadas y cuellos orgullosamente arqueados, con bridas y sillas de montar adornadas con accesorios de plata. Han entendía de caballos, y aquéllos debían de costar el salario de un año de una persona corriente.

Los ingresos de toda una vida para él.

Los muchachos cabalgaban con una arrogancia tranquila, como ajenos al paisaje devastador que los rodeaba. Como si éste fuese irrelevante para los de su clase.

Bailarín se quedó muy quieto, con el rostro cobrizo rígidamente inmóvil y los ojos azules súbitamente opacados.

—Lanzahechizos —murmuró, usando el término con que se conocía a los hechiceros dentro del clan—. Debería haberlo sabido.

«Lanzahechizos», pensó Han con una mezcla de miedo y excitación. Nunca había visto a ninguno de cerca. Los magos no se relacionaban con las personas como él. Vivían en suntuosos Palacios en los alrededores del castillo de la Marca de los Páramos, y servían a la Reina en la corte. Algunos residían en Dama Gris, donde se reunía el Consejo de Magos. Desempeñaban funciones de embajadores en otros países, por una buena razón. Los rumores sobre su dominio de la hechicería mantenían alejados a los invasores.

El más poderoso de ellos ostentaba el título de Gran Mago, consejero y agente mágico de la Reina de los Páramos.

—Mantente alejado de los magos —decía siempre mamá—. No te conviene llamar la atención de personas así. Acércate demasiado, y puede que acabes quemado vivo o convertido en algo impuro y vil. El vulgo es como polvo bajo sus pies.

Como todo lo prohibido, los magos ejercían una fascinación obre Han, pero aquélla era una regla que nunca había tenido ocasión de infringir. Los lanzahechizos tenían prohibido el acceso a las Montañas de los Espíritus, excepto para acudir a la Casa del Consejo en Dama Gris. Tampoco se les pasaría por la cabeza ir al Mercado de los Harapos, el arenoso arrabal de la Marca de os Páramos al que Han llamaba hogar. Si necesitaban algo de los mercados, enviaban a sus sirvientes.

Cuando los jinetes se aproximaron al lugar en el que se escondían, Han los estudió con avidez. El lanzahechizos que iba delante tenía una cabellera lacia y negra que se extendía hacia atrás desde un pico de viuda y le llegaba hasta los hombros. Llevaba muchos anillos en sus largos dedos y un colgante intrincadamente tallado pendía de una gruesa cadena alrededor de su cuello. Sin duda era alguna clase de poderoso amuleto.

Sus estolas estaban adornadas con halcones plateados, las garras extendidas en señal de ataque. «Halcones plateados», pensó Han. Debía de ser el emblema de su Casa de Magos.

Los otros dos eran pelirrojos, con idénticas narices anchas y planas, y gatos de los Páramos mostrando las fauces en sus estolas. «Deben de ser hermanos o primos», pensó Han. Cabalgaban a cierta distancia del mago de los cabellos negros, al que parecían guardar respeto.

Han se habría conformado con permanecer escondido y verlos pasar al galope, pero Bailarín tenía otros planes. Salió como una exhalación de la sombra de las rocas, prácticamente bajo los cascos de los caballos, asustándolos de forma que los tres jinetes tuvieron que tirar de las riendas para mantenerse sobre las sillas de montar.

—Soy Bailarín de Fuego —proclamó orgullosamente en la lengua común—, de la Logia de los Pinos de Marisa. — Se saltó la bienvenida ritual del viajero y fue al grano—. Esta casa exige saber quiénes sois y qué están haciendo unos

magos en Hanalea, cosa prohibida por el Naéming. —Tenía apoyadas sus manos en puño en los costados, pero parecía muy pequeño junto a los tres desconocidos sobre sus altos caballos.

«¿Qué mosca le habrá picado a Bailarín?», se preguntó Han, emergiendo de mala gana de su escondite para ir a reunirse con su amigo. Lo que habían hecho los lanzahechizos le gustaba tan poco como a Bailarín, pero era lo bastante despabilado para no plantar cara a unos echadores de maleficios.

El muchacho del pelo negro lanzó a Bailarín una mirada de desprecio, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa antes de volver a asumir su expresión altiva y desdeñosa.

«Reconoce a Bailarín —pensó Han—, pero Bailarín no parece conocerlo. Me pregunto por qué».

Aunque Han era más alto que Bailarín, la mirada del mago pareció fluir sobre él como el agua sobre una roca antes de buscar la de su amigo. Han se miró los leotardos de piel de ciervo cubiertos de barro y la camisa tejida en casa, envidiando los finos atuendos de los desconocidos. Se sintió invisible. Insignificante.

Bailarín no se dejó intimidar por los ensalmadores.

—Os he preguntado cómo os llamáis —dijo.

El muchacho con la insignia del halcón miró a los demás, como preguntándose si la pregunta merecía una respuesta, y luego se volvió hacia Bailarín.

—Soy Micah Bayar, de la Casa de la Aguilera —dijo el portavoz, como si la sola mención de su nombre bastase para que se arrodillasen ante él—. La reina Marianna y las princesas Raisa y Mellony están cazando en el valle de abajo. Estamos empujando a los ciervos colina abajo, a su encuentro.

—¿Qué? —exclamó Han, espantado—. ¡No podéis hacer eso! Los ciervos no pertenecen a la Reina.

Una vez más, la mirada de los magos fluyó a través de ellos como si fuesen invisibles.

—Una cacería coronada por el éxito siempre pone de buen humor a la reina Marianna —explicó Bayar, acomodándose las estolas. Había cierto tono de malestar en sus palabras, como si al complacer a la Reina Bayar estuviera consintiendo a una niña malcriada.

—Eres menor de edad —dijo Bailarín—. Ni siquiera te está permitido utilizar la magia.

Han se preguntó cómo sabía eso su amigo. Él no tenía ni idea de cuáles eran las reglas por las que se regían los magos.

Pero Bailarín debía de haber puesto el dedo en la llaga, porque Bayar lo fulminó con la mirada.

—Ésas son cosas de magos —dijo el lanzahechizos—. No son de tu incumbencia.

—Bueno, Micah Gafador —dijo Bailarín, recurriendo a la expresión peyorativa del clan para referirse a los magos—, si la reina Marianna quiere cazar ciervos en verano, puede subir a lo alto de las montañas. Como ha hecho siempre.

—Claro —dijo el joven, mirando a su alrededor como si acabara de entrar en una posada de cuarta categoría—. ¿Para alojarse dónde?

—La reina Marianna lleva sangre del clan en las venas —dijo Bailarín—. Siempre es bienvenida en las logias. Bayar arqueó sus negras cejas.

—¿Donde puede dormir en el suelo sucio junto a una decena de parientes mugrientos y pasar una semana sin poder darse un baño caliente, para luego volver a casa apestando a humo de madera y sudor con un buen ataque de picores nocturnos? —Rió estruendosamente, y sus amigos siguieron su ejemplo—. No la culpo por preferir el castillo de la marca de los Páramos.

Han lo miró boquiabierto, pensando en las acogedoras logias con sus bancos para dormir, las canciones e historias contadas alrededor del fuego, los banquetes compartidos

en torno al puchero común. Cuántas noches se había quedado dormido bajo pieles y mantas hechas en el clan con el hilo de las antiguas canciones fluyendo a través de sus sueños. Él no pertenecía al clan, pero aun así era el único lugar donde se había sentido en casa. El único lugar donde no se sentía como si tuviera que agarrarse con las uñas para no caer al vacío.

—Todas las princesas herederas se alojan con los clanes —dijo Bailarín, sacando la barbilla en actitud testaruda—. La reina Marianna pasó poco tiempo en las logias, pero la princesa Raisa se alojó durante tres años en la Logia Demoinai.

—El padre de la princesa tiene ideas bastante arcaicas porque se crió dentro del clan —replicó Bayar, y sus compañeros le rieron la gracia—. Por lo que a mí respecta, no querría casarme con una chica que hubiera pasado tiempo en las logias. Lo más probable es que se hubiese echado a perder.

Bailarín empuñó su cuchillo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Te importaría repetir eso, gafador? —dijo, en un tono frío como el agua del Dyrnne.

Bayar tiró de las riendas y su caballo dio un paso atrás, aumentando la distancia entre él y Bailarín.

Con el corazón latiéndole de prisa, Han se situó al lado de Bailarín y puso la mano sobre la empuñadura de su propio cuchillo, evitando interponerse entre los magos y el brazo de lanzar de Bailarín. Su amigo tenía unos reflejos excelentes y era muy bueno con el cuchillo. Pero ¿un cuchillo contra magia? ¿Incluso dos cuchillos?

—Relájate, comehongos. —Bayar se pasó la lengua por los labios, sin apartar la mirada del cuchillo de Bailarín—. Verás, mi padre dice que las chicas que frecuentan las logias vuelven siendo orgullosas, tercas y difíciles de manejar. Eso es todo. —Sonrió con satisfacción, como si estuviesen compartiendo un buen chiste.

Bailarín no sonrió.

—¿Insinúas que la heredera al trono de los Páramos necesita... que la manejen?

—Bailarín —dijo Han, pero su amigo rechazó la advertencia con un movimiento de la cabeza.

—Quizá lo próximo que hagan será enviar a su alteza a Tamron —dijo Bayar, ignorando a Han—. Allá en el sur son muy civilizados. Una mejor preparación para la vida en la corte. Al menos no comen con los dedos.

—¿De veras? —dijo Bailarín, con los labios blancos de ira—. Me parece que no es la princesa Raisa quien necesita aprender modales.

Han estudió con la mirada a los tres magos, como habría hecho con sus oponentes en cualquier pelea callejera. Los tres llevaban espadas pesadas y elaboradas que, evidentemente, no habían sido utilizadas a menudo. «El truco está en hacerlos bajar de sus caballos», pensó. Y para eso bastaría con cortarles la cincha. Luego habría que acercarse lo suficiente para que las espadas no sirvieran de mucho. «Si acabo con Bayar, los otros dos saldrán huyendo».

Uno de los magos pelirrojos carraspeó nerviosamente, como incómodo con el curso que estaba tomando la conversación. Era el mayor de los dos, bajo y fornido, con unas manos pálidas, pecosas y regordetas que sujetaban firmemente las riendas.

—Micah —dijo en el dialecto del Valle, inclinando la cabeza hacia el valle de abajo—. Anda, vamos. Nos perdemos la cacería.

—Aguarda, Miphis. —Bayar escrutó a Bailarín, sus negros ojos brillando en su pálido rostro—. ¿No te llamas Hayden? —preguntó en la lengua común, usando el nombre del valle de Bailarín—. Sólo... Hayden, ¿verdad? Un nombre de bastardo. No tienes padre.

Bailarín se puso rígido.

—Ése es mi nombre del Valle —dijo, alzando la barbilla en gesto desafiante—. Mi verdadero nombre es Bailarín de Fuego.